

conducen al Cenáculo eucarístico: aquí es donde únicamente ha establecido Jesús su morada fija en la tierra; aquí donde es preciso permanecer, vivir y morir en su compañía.



LA SAGRADA COMUNIÓN ES GOZO DEL ESPIRITU

*Et exultavit spiritus
meus in Deo, salutari meo.*

« Mi espíritu se alegró
en Dios mi Salvador. »

(Luc. , I, 47.)

I

QUERIENDO Dios alimentar á nuestra alma, le ha dado su pan en la sagrada Eucaristía. Este misterio fué anunciado en las sagradas letras con las siguientes palabras: *Los sustentaré con pan de vida y de inteligencia.*

No hay en la tierra gozo mayor que el gozo del espíritu. La alegría del corazón dura menos que la del espíritu, porque se funda en afectos, los cuales fácilmente se mudan. Pero la verdadera alegría es la del espíritu, que consiste en el conocimiento de la verdad.

Las almas terrenas, los espíritus vanos, nunca se alegran espiritualmente de cosa ninguna. Tampoco gozan jamás de verdadero gozo espiritual las almas piadosas que no son recogidas, pues la superficialidad del espíritu es el mayor obstáculo que se

opone al reino de Dios sobre las almas. Es, pues, necesario que os recojáis y que hagáis oración si queréis gustar de Dios y gozar de su divina presencia. Mas si la base de vuestras meditaciones no es la Comunión, no hallaréis en ellas verdadera dicha, sino constante sacrificio.

El hacernos gustar de las verdaderas alegrías es cosa que Jesús se ha reservado para sí. El alma que sólo rara vez comulga, no ofrece á Dios el medio para que Él more en su corazón de un modo eficaz; mientras que, por el contrario, la que le recibe con frecuencia, se halla más á menudo y durante más largo tiempo que la primera en la presencia de Dios, viéndole y contemplándole á su sabor; y en el momento en que llega á conocerle bien, empieza á gozar inefablemente de Él.

En la Comunión gozamos de Jesús en el mismo Jesús. En ella es donde conversamos más íntimamente con Jesús, y de este trato íntimo nace en nuestra alma el conocimiento verdadero y profundo del mismo Jesús; en la sagrada Comunión es donde más se nos muestra Nuestro Señor. La fe es luz, y la sagrada Comunión luz y calor.

II

Este mostrarse Jesús á nuestra alma en la sagrada Comunión, abre los ojos de nuestro espíritu y le da una aptitud singular para conocer las cosas de Dios. Así como á los elegidos se les da la facultad de contemplar la esencia y la majestad de Dios sin deslumbrarse, así el mismo Jesús aumenta en la sagrada Comunión nuestra facultad de conocer, de suerte

que en una misma persona es inmensa la diferencia entre su facultad de conocer según se la considere antes ó después de recibir la sagrada Comunión. Mirad, si no, á un niño antes de recibir este Sacramento: apenas comprende el sentido literal de las palabras del Catecismo; pero después de comulgar, su alma está como transformada: todo lo entiende y lo siente: anhela por conocer cada vez más á Jesucristo. Explicadle todas estas verdades, que su alma está fortalecida y preparada para entenderlas.

¿Cómo os explicáis esta mudanza? Antes de la Comunión habéis oído hablar de Jesucristo, y ya le conocéis: os conmueve el contemplar su cruz y su pasión, y os compadecéis y enternecéis. Pero ¿cuánto más vivamente sentís estos mismos afectos después de haber comulgado! Ya no se sacia vuestra alma, pues todas estas verdades las comprendéis mejor. Antes de comulgar contemplabais á Jesús fuera de vosotros; ahora le contempláis dentro de vosotros, le miráis con vuestros propios ojos.

La sagrada Comunión es la renovación del misterio de Emaus. En el camino instruíra Jesús á los dos discípulos y les explicaba las Escrituras; pero aunque ellos sentían cierta secreta emoción, su fe era vacilante. Mas luego que participaron en la fracción del pan, al punto se les abrieron los ojos y se les dilató el corazón. La voz de Jesús no había bastado para manifestarles la presencia del divino Maestro: fue preciso que ellos sintiesen su corazón y que se sustentaran del verdadero Pan de la inteligencia.

III

En segundo lugar, por efecto de esta alegría espiritual, de esta manifestación de Jesús en nuestra alma mediante la sagrada Comunión, hallamos gusto en Dios. Y este gusto nos introduce en las dulzuras de su corazón, en el santuario de su espíritu, y nos le da á conocer más por impresión que por discurso de nuestro entendimiento. Nos hace desear vivamente la Eucaristía y todo cuanto á ella se refiere, y penetrar con facilidad en el mismo Jesucristo. Esta facilidad, este anhelo es casi un misterio; es la gracia propia de la Comunión. Es el espíritu de esta especie de familia que de esta suerte formamos con Dios. ¿De dónde procede la unidad de afectos, de costumbre y de obras en una misma familia, sino del mismo espíritu de familia, del amor á la familia, que inclina á todos sus miembros á amarse los unos á los otros? Este es el vínculo de la familia natural.

Mediante la sagrada Comunión entramos en el amor, en el corazón de Jesucristo, y participamos del espíritu de su amor, de sus afectos y de su propio juicio. Porque la primera gracia que se nos da en la Eucaristía es la del recogimiento, y mediante esta gracia penetramos en Jesús y tratamos íntimamente con El. Y digo íntimamente, porque el que no comulga, sólo conoce á Jesús exteriormente por medio de la fe. Pues así como no es posible conocer el sabor de la miel sino probándola, así no es posible conocer bien á Jesús sino recibéndole en nuestro corazón. De esta suerte podremos decir con un gran Santo: «Una sola Comunión me ha dado á conocer la

verdad de Jesucristo, su existencia y sus perfecciones más que todos los razonamientos posibles.»

Es la vida tan corta, que si hubiéramos de alcanzar el conocimiento de la verdad en general y de Dios en particular sólo mediante el discurso de la razón, no llegaríamos á conocer sino un número muy corto de verdades. Pero Dios ha querido que conozcamos muchas cosas mediante impresiones, y ha puesto en nosotros un instinto no razonado, con el cual distinguimos lo bueno de lo malo, y lo verdadero de lo falso; y también ha puesto en nosotros simpatías y antipatías. Pues así, en el orden del conocimiento que adquirimos del Salvador, empezamos sintiendo su bondad, y de aquí nos elevamos al conocimiento de sus demás propiedades, más bien por contemplación y por instinto, que por discurso del entendimiento.

Es defecto de muchas personas el discurrir sin cesar durante la acción de gracias, que es la oración por excelencia; así, hablando demasiado, paralizan el efecto que había de producir en ellos la Comunión. Escuchad á Jesús, que os habla después de comulgar: no es éste el momento de investigar, sino de gustar las dulzuras de la Eucaristía; éste es el momento en que Dios se digna enseñar por sí mismo á los hombres: *Et erunt docibiles Dei*. Así como las madres dan á entender á sus hijos el amor sin límites y la bondad de su corazón maternal para con ellos, dándoles muestras de amor y de bondad, así nos da muestras de amor en la Eucaristía, y de esta suerte nos enseña á conocer el infinito amor con que nos ama. No olvidéis que el que no comulga jamás conocerá el corazón de Nuestro Señor, ni la extensión de su amor. El corazón sólo se da á conocer por sí mismo; es necesario oírle y sentir sus latidos.

Si alguna vez no advertís en la Comunión ningún movimiento de alegría espiritual, esperad, aunque no veáis el Sol en vosotros; y cuando convenga, ya sentiréis su divina presencia en vuestra alma. Mas ¿qué digo sentiréis? ¡Sintiéndolo estáis ya! ¿Pues qué es sino sentirlo esa paz de que gozáis y ese deseo que sentís de glorificar más y más á Jesucristo? ¿Qué es sino los latidos del corazón de Jesús dentro de vuestro pecho?

IV

Por último, el manifestarse Nuestro Señor al alma en la Comunión deja en ella la necesidad de su presencia, hambre de conversar con Él. El alma que ha conocido á Jesús y ha gozado de Él, ya no se deleita en ninguna criatura; pues como las compara con Jesús, las mira con frialdad é indiferencia. Dios ha puesto en ella un anhelo que ningún ser criado podrá jamás satisfacer.

Además siente continuamente vivísimo deseo de Jesús y de su gloria. Su divisa es ir siempre hacia adelante, sin pararse nunca á descansar en la tierra. Sólo suspira por Jesús, que la lleva desde una claridad á otra claridad mayor. Jesús es inagotable, y el que le recibe no puede cansarse de recibirle ni agotarle, antes desea penetrar cada vez más en el abismo del divino amor.

Venid, pues, á gozar con frecuencia de Nuestro Señor, si queréis comprenderle verdaderamente.

No temáis abusar de Él. ¿Acaso abusan de Él los elegidos gozando continuamente de su divina presencia? No: los bienaventurados jamás gozan de Él

con exceso. *Gustate!* Probad y veréis; después de haber comulgado comprenderéis vuestra dicha.

¡Qué desdicha la vuestra si no me creéis! Queréis formar juicio de lo que es Dios sólo por lo que os enseña la fe; pero probad y podréis juzgar. Si los incrédulos quisieran disponerse á recibir dignamente á Jesucristo, le conocerían mucho más pronto y mejor que con toda suerte de palabras y de discursos. El ignorante que comulga dignamente es más sabio que los sabios eruditos que no reciben la sagrada Comunión.

En suma: el supremo grado de dicha intelectual se halla en la sagrada Comunión; tanto más dichoso espiritualmente es el hombre, cuanto es mayor la frecuencia con que comulga. El único principio de dicha es Dios; sólo en Él está la dicha, la cual Dios se la reserva para concederla por sí mismo.

¡Qué dicha la nuestra, tener que llegar á Dios si hemos de hallar la felicidad! Así no nos ponemos en manos de los hombres, ni ponemos en ellos nuestro último fin. Ni aun el sacerdote puede darnos la dicha: sólo puede hacernos partícipes de los frutos de la redención, limpiarnos de pecado, darnos la paz que nace de una conciencia pura; pero no puede darnos la dicha y la alegría.

La misma Santísima Virgen, que es la Madre de misericordia, nos pone en el camino que conduce á la dicha, y aplaca la cólera de su Hijo irritado contra nosotros; pero la dicha y la alegría sólo Dios nos la da. Los ángeles dijeron á los pastores: «Os anuncio grande alegría: os ha nacido el Salvador, que es la causa y la fuente de ella.»

¡Regocijémonos, pues! Sobre el altar está siempre este Salvador para difundir, viniendo á nuestro co-

razón, toda la dicha y alegría que nuestro pecho puede contener, mientras nos llega el día de gozar en la patria celestial de las alegrías inenarrables que no se acabarán jamás.



LA COMUNION Y LA LEY DEL AMOR

Dabo legem meam in visceribus eorum, et in corde eorum scribam eam.

Grabaré mi ley en lo íntimo de su corazón.

(JER., XXXI, 33.)

LA sagrada Comunión, no sólo ilustra nuestro espíritu mediante una gracia especial y nos revela, por impresión más bien que por razonamiento, lo que es Nuestro Señor, sino además y sobre todo manifiesta y enseña á nuestro corazón la ley del amor.

La Eucaristía es por excelencia el Sacramento del amor. Los demás Sacramentos son en verdad pruebas del amor con que Dios nos mira, pero sólo son dones de Dios; mientras que en la Eucaristía recibimos al Autor de la gracia, al mismo Dios.

Por esta razón, en la Comunión es donde mejor aprendemos á conocer la ley del amor, que Nuestro Señor ha venido á enseñar; en ella recibimos la gracia especial del amor, y mediante ella practicamos mejor que de ningún otro modo el ejercicio, la virtud del amor.

I

Mas ante todo, ¿qué cosa es el amor? El amor decimos que es un dón. Así es propiamente dón el Espíritu Santo, que procede como amor en la Santísima Trinidad.

¿A quién debemos, pues, agradecer el amor? A Aquel que nos le da.

Considerad ahora qué es lo que Jesús nos da en la Eucaristía. Todas sus gracias y todos sus bienes son para nosotros: se nos da á sí mismo el que es fuente de todo dón. En la sagrada Comunión participamos de los merecimientos de su vida: en ella nos vemos obligados á reconocer el amor que Dios nos tiene, pues en ella recibimos el dón entero y perfecto.

¿De qué manera comenzasteis á amar á vuestra madre? Poseáis en germen cierto instinto de amor; pero este amor estaba en vosotros como dormido, sin dar señales de vida. Mas el amor que os mostró vuestra madre le despertó: vuestra madre os consagró toda su solicitud, padeció por vosotros, os alimentó con su propia substancia, y vosotros en este dón generoso habéis conocido el amor que vuestra madre os profesa.

Pues así Nuestro Señor, dándose enteramente á todos y á cada uno de vosotros, os prueba de un modo invencible que os ama con infinito amor á cada uno de vosotros; porque por vosotros, y sólo por vosotros, está presente en la Eucaristía. Verdad es que otros gozan también de El; pero gozan de El como del sol, sin impedirlos gozar de sus rayos todo cuanto deseáis.

¡He aquí esta ley del amor grabada en nuestros corazones por el mismo Dios en la sagrada Comunión! En otro tiempo dijo el Señor: «Ya no escribiré mi ley en tablas de piedra, sino en vuestros corazones, con caracteres de fuego.» El que no conoce la Eucaristía no conoce el amor de Dios. A lo más, conocerá algunos efectos del amor de Dios, como el mendigo conoce la liberalidad del rico recibiendo de él alguna moneda. Pero en la Comunión ama Dios al cristiano con toda su omnipotencia, con todo su ser. Si queréis conocer verdaderamente el amor que Dios os tiene, recibid la Eucaristía, y después dirigid la mirada á vosotros mismos: ciertamente no tendréis que buscar fuera de vosotros el homenaje que debéis tributarle.

II

La sagrada Comunión nos da la gracia que necesitamos para amar á Jesús. Para amarle con amor de amistad necesitamos de una gracia especial: Jesús, viniendo á nosotros, otorga esta gracia á nuestra alma y al mismo tiempo pone en ella el objeto de su amor, que es El mismo. Nuestro Señor no pidió á sus discípulos antes de la Cena que le amaran como El los amaba, no les dijo todavía: «Permaneced en mi amor.» Esto habría sido exigirles demasiado, y ellos no le habrían comprendido. Pero después de la Cena nos solamente les dijo: «Amad á Dios, amad á vuestro prójimo,» sino «amadme con amor de hermano, con un amor que sea vuestra vida y la ley de vuestra vida.» *Non jam dicam vos servos, sed amicos meos.*

Si no recibis la sagrada Comunión, no podréis amar á Nuestro Señor como á vuestro Criador, como

á vuestro Redentor y Renumerador; no miraréis á Jesús como amigo. La amistad se funda en la unión, en cierta igualdad: y estos dos fundamentos de amistad entre Dios y las criaturas sólo se hallan en la Eucaristía. ¿Quién sería, en efecto, osado á llamarse amigo de Dios y á tenerse por digno de ser amado de El con especial amor? Si algún criado tratara á su señor con la libertad y confianza con que se trata á los amigos, su señor se quejaría de él y se daría por ofendido: el primero no puede usar de esa libertad mientras el segundo no se la otorgue, dándole primeramente el dulce nombre de amigo. Habiendo venido el mismo Dios á tomar posesión de nuestro hogar, á establecer con nosotros una sociedad de vida común, de bienes y de merecimientos; habiéndose Él adelantado de esta suerte en las pruebas de amistad, en manera alguna podrá decirse que nos excedemos en llamarle amigo, antes tenemos mucha razón para darle este dulce nombre. Así, después de la cena, dijo á sus Apóstoles: «Ya no os llamaré siervos.» ¿Pues cómo habéis de llamarlos, oh Señor? ¿Acaso gloria de Dios, ó fortaleza de Dios, ó medicina de Dios, como los árcángeles? No, todavía otra cosa mejor: «Os daré el nombre de amigos. Mis amigos sois, porque todo lo que he recibido de Dios os lo he dado: sois mis amigos, porque á vosotros he confiado mi real secreto.»

Mas todavía no se contenta con esto: aparécese á la Magdalena y le dice: «Ve y anuncia á mis hermanos lo que has visto.» Pero ¿qué hermanos son éstos? ¿Puede darse mayor exceso de amor? ¡Y eso que los Apóstoles no habían comulgado más que una sola vez! ¿Pues qué hará con los que, como nosotros, le hemos recibido con tanta frecuencia?

¿Quién podrá ahora concebir temor de amar á Jesús con el más tierno amor? Que tembléis antes de comulgar, considerando quién sois vosotros y quién es Aquel á quien váis á recibir, cosa justa es, porque mucha es la necesidad que tenéis de su misericordia.

Pero luego alegráos: ya no puede haber lugar para el temor: la misma humildad debe ceder el puesto á la alegría. Mirad á Zaqueo; mirad la alegría que muestra cuando Nuestro Señor acepta su hospitalidad. Mas ved también cuán suspensas están sus potencias en presencia del que se digna visitarle; pronto está á renunciar á todas las cosas y á reparar diez veces las injusticias que hubiera cometido.

Cuanto más á menudo recibáis la sagrada Comunión, más se dilatará vuestro corazón, y vuestro amor será más tierno y más ardiente, porque el foco de donde procede será más intenso. Jesús nos otorga la gracia del amor: enciende en nuestra alma el foco del incendio, alimenta este foco visitándonos frecuentemente y extiende y difunde esta llama devoradora: Jesús es verdaderamente el carbón encendido que nos abrasa. *Carbo qui nos inflammat* (1). Este fuego no se extinguirá jamás si nosotros no le extinguimos, porque no somos nosotros quien le da pábulo, sino el mismo Jesucristo, que le da virtud y eficacia: si nosotros no lo apagamos voluntariamente con el pecado, arderá sin extinguirse jamás.

¡Oh cristianos que comulgáis sólo una vez al año! ¿Qué es lo que esperáis, pobres de vosotros? Acercad con más frecuencia la leve llama que arde en vues-

(1) San Juan Crisóstomo.

tra alma á este horno de fuego: comulgad todos los días, si fuera preciso. ¿Acaso pensáis que podéis arder si no dais pábulo á la centella de amor que por ventura está escondida en vosotros?

III

Mediante la sagrada Comunión practicamos la virtud del amor. El verdadero y perfecto amor sólo se ejercita plenamente en la sagrada Comunión. El fuego que no se extiende acaba por extinguirse. Por esta razón, queriendo Jesús que nosotros le amemos, y viendo que somos incapaces de amarle, pone en nosotros su propio amor y viene á nosotros para amar Él mismo en nosotros. Entonces trabajamos nosotros en una materia divina. Aquí no se da gradación ni transición alguna: inmediatamente venimos á la posesión de la gracia y del objeto del amor. Esta es la razón porque los afectos que sentimos en la sagrada Comunión son mejores ó más encendidos, pues estamos más cerca de aquel que los forma. Confíad, pues, entonces en Nuestro Señor, y amadle tiernamente.

Procurad, pues, no ya practicar actos de tal ó cual virtud, sino hacer que crezca en vosotros Nuestro Señor: sed expansivos, y tratad íntima y frecuentemente con Él. Sea Jesús todo vuestro fondo espiritual, y los réditos serán dobles, porque el capital se habrá duplicado. Si trabajáis en Jesús y con Jesús, obtendréis mucha mayor ganancia que la que lograríais procurando tan sólo acrecentar vuestras virtudes con la práctica de actos de virtud.

Recibid á Nuestro Señor y conservadle en vuestra

alma el mayor tiempo que podáis, formándole en ella una morada grata á sus divinos ojos. El ejercicio más perfecto de amor consiste en dilatar el alma para que Jesús se difunda en toda ella. Bueno y meritorio es en verdad el amor sufrido y penitente; pero quebranta el corazón y le abate á vista de los sacrificios que incesantemente ha de aceptar, mientras que aquí el corazón se dilata, se ensancha y se abre entera y libremente.

Este lenguaje es incomprensible para el que no recibe la sagrada Comunión; mas tan pronto como se acerca á este incendio divino, empieza á comprenderlo.

No basta de ningún modo creer en la Eucaristía: es necesario obrar según las leyes que impone este Sacramento. La Eucaristía es sobre todo el Sacramento del amor; es voluntad de Dios que participemos de este amor, y que este amor nos inspire: lleguémonos, pues, á Jesús por amor. Ciertamente debemos humillarnos; pero el amor, ó por lo menos el deseo de amarle de veras, ha de ser el sentimiento que domine en nuestra alma sobre todos los demás. Deseemos, pues, dilatarlos en su corazón; démosle muestras de ternura y de amor, y entonces conoceremos los tesoros de amor que se ocultan en la adorable Eucaristía.

